

HISTORIA NATURAL

Tercera Serie | Volumen 16 (2) | 2026/5-29

HORACIO QUIROGA Y LUCIEN HAUMAN EN SAN IGNACIO: LA SELVA MISIONERA COMO UN DESAFÍO DRAMÁTICO Y APASIONANTE

*Horacio Quiroga and Lucien Hauman in San Ignacio:
The Misiones Rainforest as a Dramatic and Fascinating Challenge*

Eduardo Haene

Facultad de Agronomía, Universidad de Buenos Aires, Av. San Martín 4453 – C1417DSE –
Ciudad Autónoma de Buenos Aires – Argentina. Facultad de Ciencias Exactas y Naturales,
Universidad de Belgrano, Zabala 1837 –C1426DQG– Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
Argentina. Universidad Nacional Raúl Scalabrini Ortiz, Juan Bautista de La Salle 600, San Isidro.
eduardohaene@hotmail.com

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

umai Universidad
Maimónides

Resumen. El trabajo analiza la relación entre el escritor uruguayo Horacio Quiroga y el botánico belga Lucien Hauman durante su estancia en San Ignacio, Misiones, Argentina, y cómo el entorno natural de la región influyó en sus actividades y producciones. El escenario central es la selva misionera y los singulares ambientes del área de Teyú Cuaré, donde conviven la selva y formaciones de pastizales asociadas al Cerrado brasileño. A partir de cartas, publicaciones científicas, obras literarias, testimonios y documentos históricos, se reconstruye el encuentro entre ambos personajes ocurrido en 1913. Quiroga, ya instalado en Misiones, desarrolló una intensa relación con la naturaleza local, que se reflejó en su literatura y en su interés por la observación de plantas y animales. Hauman, por su parte, realizó importantes estudios botánicos en la región, describiendo especies nuevas y destacando el valor científico y paisajístico de los ambientes misioneros. La investigación muestra que Hauman incentivó a Quiroga a recolectar ejemplares vegetales para el Museo Argentino de Ciencias Naturales, actividad que derivó en una valiosa colección botánica de más de 600 especímenes. Se concluye que la relación entre Quiroga y Hauman constituye un ejemplo singular de intercambio entre literatura y ciencia, además de resaltar la importancia histórica, cultural y ambiental de la selva misionera como espacio de inspiración, investigación y conservación.

Palabras claves. Horacio Quiroga, Lucien Hauman, selva misionera, Teyú Cuaré, conservación de Cerrado argentino

Abstract. This study examines the relationship between the writer Horacio Quiroga and the botanist Lucien Hauman in San Ignacio, Misiones, and explores the role of the Misiones rainforest as a setting for the interaction between literature and science. The research focuses on the unique natural environment of Teyú Cuaré, where subtropical rainforest and grassland formations associated with the Brazilian Cerrado coexist. The study is based on the analysis of correspondence, scientific and literary publications, testimonies, and historical documents, which enabled the reconstruction of the encounter between both figures in 1913 and the contextualization of their activities in the region. The findings reveal that Quiroga developed a close connection with the local environment, reflected in both his literary work and his interest in observing plants and animals. Likewise, Hauman's scientific contributions to the botanical knowledge of Misiones are highlighted, particularly his encouragement of Quiroga's plant collecting activities for the Argentine Museum of Natural Sciences. This collaboration resulted in a collection of more than 600 specimens, several of which proved significant for the study of the regional flora. The study concludes that the relationship between Quiroga and Hauman represents a unique example of interdisciplinary exchange between science and literature, while also underscoring the historical, cultural, and environmental importance of the Misiones rainforest as a space for inspiration, research, and conservation.

Keywords. Horacio Quiroga, Lucien Hauman, Misiones rainforest, Teyú Cuaré, Argentine Cerrado conservation.

INTRODUCCIÓN

El sur de la provincia de Misiones en la Argentina es un ambiente natural con características singulares. La selva continua típica del centro y norte provincial da paso en el sector austral a un mosaico ambiental donde se intercalan pastizales con montes. En fitogeografía bautizaron esta región como el distrito de los campos, que se extiende también por el nordeste correntino. En los alrededores de la localidad de San Ignacio durante las últimas décadas se acumularon evidencias científicas de un hallazgo sumamente interesante. Allí, junto al Peñón de Teyú Cuaré, el espectacular promontorio rocoso que aflora sobre

la margen argentina del río Paraná, se conserva un parche de pastizal con árboles dispersos diferente al resto de los ambientes circundantes (Figura 1). Se trata de una representación extralimital del Cerrado brasileño y paraguayo (Chebez, 1996; Biganzoli Romero, 2004; Velazco *et al.*, 2018). En menos de 200 hectáreas (Fontana, 2005), se encuentran especies vegetales ausentes en el resto de la Argentina: plantas típicas del Cerrado y varias endémicas del lugar.

Este sitio de encantos biológicos y paisajes llamativos sería el escenario de un encuentro entre dos personalidades tan sobresalientes como diferentes. En 1913 llegó a San Ignacio el botánico belga Lucien Hauman (1880–1965), quien realizó colecciones

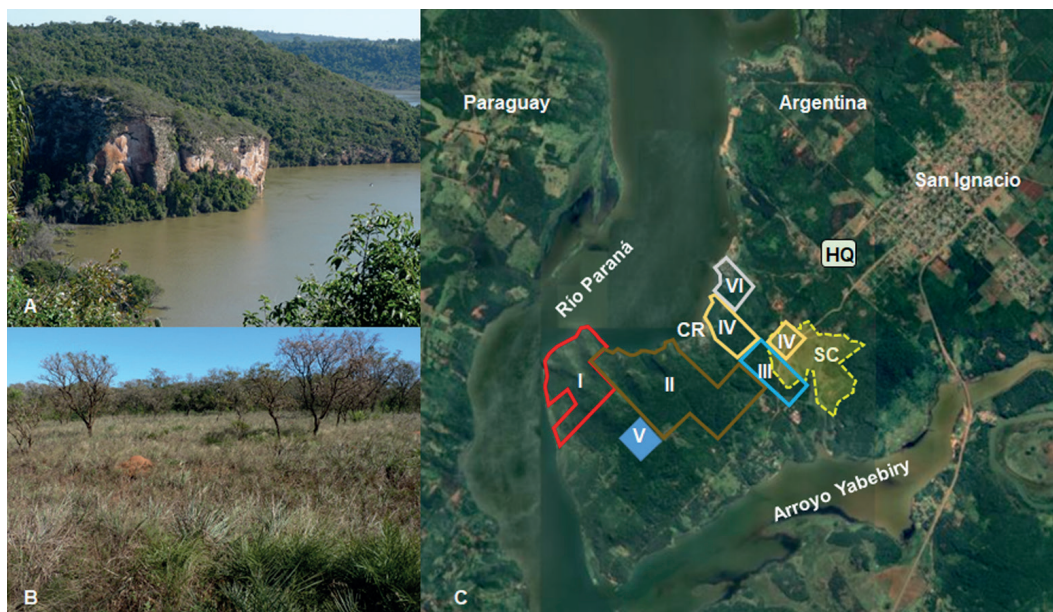


Figura 1 - La zona del Peñón de Teyú Cuaré y San Ignacio en Misiones. **A**, Peñón Pelón sobre el río Paraná desde la Reserva Osununu; **B**, Sabana del cerrado de San Ignacio, Misiones, con pindocito (*Allagoptera campestris*) y urunday blanco (*Acosmium subelegans*), en julio de 2012; **C**, Mapa de las reservas naturales y lugares de interés. Falta sumar en el mapa la Reserva Natural Privada El Montecito, de 7 hectáreas, vecina a Osununu. CR: Club del Río; HQ: casa de Horacio Quiroga; SC, parche de menos de 200 hectáreas de sabana de Cerrado misionero (en verde); I, Parque Provincial Teyú Cuaré; II, Reserva Natural Privada Osununu; III, Reserva Natural Privada Tenondé; IV, Reserva Natural Privada Club del Río; V, Reserva Natural Privada Luis Jorge Velázquez; VI, Reserva Natural Privada Monte Adentro. Fuente: elaboración propia a partir de Fontana (2005) y Ramírez *et al.* (2025). Fotos: E. Haene

vegetales para sus estudios en el Museo Argentino de Ciencias Naturales, en Buenos Aires. Allí conoció a Horacio Quiroga (1878–1937), escritor uruguayo radicado en la Argentina que había decidido instalarse en la selva misionera con su familia. Surge así una relación fructífera de la cual contamos con pocos datos, pero suficientes para comprender momentos maravillosos de las ciencias biológicas con el sello de dos figuras pintorescas.

Esta historia se nos presenta como una excusa para valorar esa combinación de selva cautivante y pastizal singular. Es un disparador para recordar la senda abierta por Quiroga y Hauman en San Ignacio (Figura 2).

Para tejer esta historia a partir de retazos dispersos nos basamos en las publicaciones de ambos autores y las biografías póstumas redactadas por discípulos, amigos y admiradores. El rescate de cartas de Horacio Quiroga ofrece una fuente complementaria. Trabajos científicos y literarios permitieron actualizar y contex-

tualizar el escenario silvestre. Fotos y dibujos nos brindaron rasgos tangibles para completar o descifrar detalles de los protagonistas. Los viajes familiares resultaron claves para despertar la curiosidad: vacaciones frente a las ruinas de las misiones jesuíticas de San Ignacio en el verano de 1970 y la estadía en Club del Río en julio de 2012 y diciembre de 2014.

EL ESCRITOR RADICADO EN SAN IGNACIO

*“La selva fue para Quiroga
su paraíso y su infierno.”*

José María Delgado y Alberto Brignole (1939)

Horacio Silvestre Quiroga nació en Salto, República Oriental del Uruguay. En 1902 se radicó en la Ciudad de Buenos Aires y formó parte del círculo de escritores destacados del momento (generación literaria del 900). Mostró inquietud y pasión

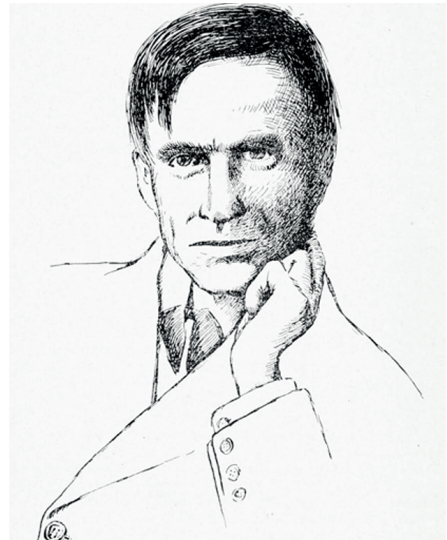


Figura 2 - Horacio Quiroga (izquierda). Fuente: revista Caras y Caretas de 1925. Lucien Hauman en 1919 (a la derecha), dibujo realizado a pluma por el botánico Alfredo E. Cocucci a partir de una fotografía. Fuente: Boletín de la Sociedad Argentina de Botánica 23 (1-4) de 1984.

por el conocimiento directo de la naturaleza y sus habitantes. Realizó una incursión por el bosque chaqueño. En 1903 se integró como fotógrafo a la expedición por la selva misionera organizada por su amigo Leopoldo Lugones, quien había sido enviado por el gobierno para estudiar las ruinas de las misiones jesuíticas. “Hay un antes y un después de este viaje a la selva” percibe Ferrari (2020).

En esa búsqueda para integrarse a la naturaleza salvaje, logra en 1910 instalarse con su esposa en San Ignacio, Provincia de Misiones. Viven en una chacra vecina al Teyú Cuaré. Se convierte en un habitante más del monte. Realiza cultivos, sale a cazar, arma un taller donde fabrica todo lo necesario. Se relaciona con otros vecinos y habitantes del lugar. Mantiene el vínculo con Buenos Aires adonde envía sus escritos para ser publicados en la revista Caras y Caretas y otros medios de prensa destacados de la época. Se imprimen obras que lo harán famoso, como “Cuentos de la Selva” (Figura 3). Recibe la visita esporádica de sus amigos escritores de la ciudad. Vive en condiciones sencillas como otras familias del monte, que a la vista de un viajero pueden resultar precarias. Quiroga residió en San Ignacio durante tres períodos: 1910–1915, 1917–1925 y 1932–1935.

La selva será el destino idílico buscado por Quiroga. Un escenario maravilloso para el naturalista, pero a la vez hostil para el hombre habituado a la ciudad.

Como rescata Gigena (2021), una descripción inicial de la selva misionera figura en la novela corta “Las fieras cómplices”, publicada por el escritor con el seudónimo de S. Frago Lima en los folletines de Caras y Caretas entre agosto y septiembre de 1908: “La selva, [escribe Quiroga], terrible siempre, aun de día, con sus acechanzas y traiciones, a esa hora y en la lúgubre soledad, llenaba de angustia el alma mejor templada. Una persona en la ciudad y en las más deses-

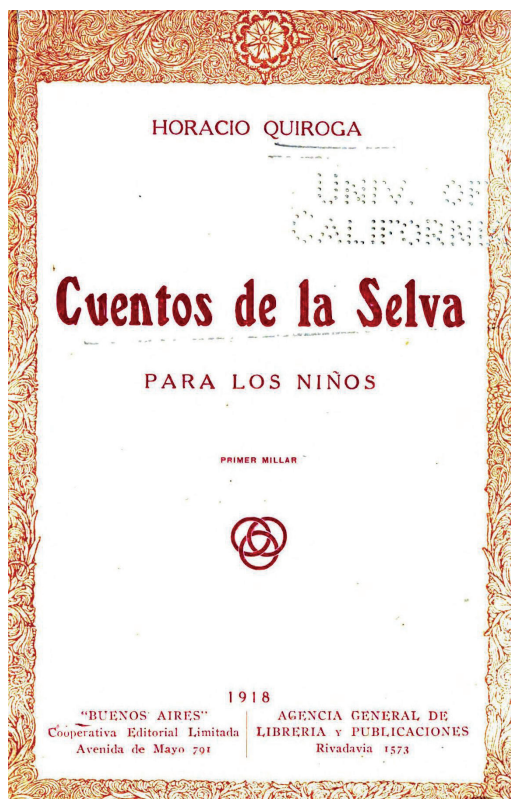


Figura 3 - “Cuentos de la selva” fue una de las obras emblemáticas de Horacio Quiroga donde relata sus impresiones de la vida en el monte misionero.

perantes situaciones no se siente jamás sola; las vidas hermanas pululan a su alrededor, su inmediata presencia la sostienen. Pero en la selva es distinto. Allí todo conspira contra él: el aire quieto y pesado; el silencio hostil; las exhalaciones mortíferas de las plantas que infiltran la muerte en la fúnebre seducción de su voluptuoso aroma; las fieras agazapadas tras el tronco que miramos indiferentes a nuestro paso; las víboras, que hacen de ese paraíso terrenal un infierno, todo en la selva se confabula contra el hombre” (Quiroga, 1967a).

En febrero de 1916 publica en la revista Fray Mocho con el seudónimo “misionero” otra vez sobre el tema del urbanita que elige vivir en la selva. El título es un adelanto al cuento “Los Robinsones del bosque”.

“Una mañana, el joven empleado de banco despierta en el bosque, inicia su relato Quiroga. -¡Por fin! -exclama- ¡Heme por fin en plena naturaleza! -Y calzándose sus polainas nuevas, colgando de la cintura su machete nuevo, y del hombro su escopeta también virgen, se lanza al monte”. ¡Cuánta autobiografía hay en sus cuentos! Pero esa jornada inicial culmina con él en el monte embriagado tras consumir miel silvestre, por momentos se pierde, y descubre la presencia de víboras venenosas ocultas en la vegetación. Finalmente, concluye que el monte es hostil.

En enero de 1931 volverá sobre las impresiones de la selva que puede percibir el hombre ciudadano. En el artículo “Misiones”, publicado en el diario La Nación nos habla de un “hechizo” que genera este ambiente. Sintetiza que a los dos protagonistas “la selva los tragó”. Concluye que “ambos personajes llevaban ya, inadvertida por ellos mismos, la selva adentro. No de otro modo se explica la decisión brusca, como hipnótica, el rompimiento absoluto con los deberes, goces y convenciones de la civilización, que como invisible carga pesaba sobre ellos”. Juega aquí con las caras contradictorias del lugar. “A los paraísos terrenales, pues –Misiones es uno de ellos-, alcanza también la maldición original. La naturaleza es demasiado bella, el clima demasiado dulce, para que de pronto no surja un fantasma sombrío (heladas extremas, lluvias diluvianas, sequía atroz) a recordarnos que la vida, aún en Misiones, no vale sino cuando hay que conquistarla duramente”. Y luego surge otro protagonista de la selva. “La fauna menor del territorio, las alimañas peligrosas o molestas, apunta Quiroga, apenas cuentan allí donde el hombre y su horizonte, sus animales, sus semillas y su incierto porvenir no conocen el enemigo más sórdido, lujurioso y extenuante que la vegetación misma. La selva se halla ante el hombre en función constante de repulsión y rechazo. Lo que no puede expulsar, lo absorbe. Basta la más insignificante desidia

de parte del hombre en esta lucha sin cuartel para que la selva tienda como serpiente sus tentáculos y recobre en una sola noche –puede decirse- el terreno ganado palmo a palmo por el machete, el hacha y el fuego” (Quiroga, 1969). Aquí aflora la visión del colono. Su vida es desmontar la selva para habitarla y cultivar. Pero la capacidad de recuperación de la selva sorprende por su rapidez y tenacidad. Según el escritor, el campesino misionero no puede descuidarse porque el monte regresa allí donde los humanos lo arrasaron. Nos plantea una mirada de la selva como enemiga, un ambiente que hay que domar. Ese pensamiento ha sido el motor de la retracción histórica de la selva misionera. Hoy sabemos que es posible convivir con ella en un mosaico de naturaleza, cultivos y poblados. Podemos formar un entramado con franjas de vida silvestre que unen reservas naturales y otros parches selváticos. Por estos biocorredores fluyen las especies nativas y contamos con una oportunidad magnífica para armar circuitos turísticos y educativos.

En diciembre de 1932 publica en el diario La Nación “El regreso a la selva”, en lo que sería su última llegada a San Ignacio. “Después de quince años de vida urbana, bien o mal soportada, el hombre regresa a la selva. Su modo de ser, de pensar y obrar, lo ligan indisolublemente a ella. Un día dejó el monte con la misma violencia que lo reintegra hoy a él”. Quiroga vuelve a plantear la atracción del hombre de ciudad por la selva, como si fuera una relación sin retorno en tono autobiográfico. Para Delgado y Brignole (1939) Quiroga es un desterrado de la civilización que termina arraigándose en la selva.

Castro (2011) logra resumir estas vivencias en Misiones: “Este viaje al interior de la selva significó para Quiroga la confrontación con su yo más profundo, de la cual salió mejor librado el escritor que el hombre”.

EL VECINO QUIROGA

"La amistad de Quiroga no era fácil de llevar."

Martínez Estrada (1957)

Horacio Quiroga adquirió fama de escritor en las ciudades donde se publicaban sus notas, artículos y libros. Delgado y Brignole (1939) apuntan que *"los cuentos escritos al borde de la selva, enviados río abajo, hacia la gran ciudad, para ser impresos en Caras y Caretas, en Plus Ultra, en Fray Mocho —es puente de ficción que mantuvo el contacto con el universo cosmopolita de Buenos Aires— han ido creando una aureola en torno suyo. Miles de lectores han descubierto en ese narrador misionero al más poderoso y original de los cuentistas rioplatenses del momento"*. Pero los vecinos de Quiroga en San Ignacio poco sabían de su prestigio literario. Con el tiempo descubrieron una personalidad pintoresca: un hombre con apariencia de peón rural, pero con la mentalidad de un colono emprendedor y extravagante.

Ezequiel Martínez Estrada (1957), quien no llegó a visitarlo en Misiones, aporta una primera aproximación de la imagen de Quiroga en su chacra, seguramente a partir de amigos en común que fueron a verlo: *"En San Ignacio conocíasele como individuo exótico, mensú no asalariado, lunático y caprichoso, que arriesgaba la vida por sí en los días de correntada, cuando ni los nadadores se aventuraban en el río, y que se pasaba horas y horas al sol, talando y carpiendo, cultivando plantas raras y calafateando canoas de paseo. De otras particularidades no se sabía mucho más, y su aureola de salvaje sentimental no fulgía en la selva. Apenas se sabía allá que era escritor, sinónimo de chiflado, que se ponía de punta en blanco al caer la tarde y que le daba por los libros"*.

Pedro Orgambide comenta que Quiroga quiso ser un peón más, un *"mensú"*, como los conocían en Misiones. Pero los peones, a pesar de trabajar a la par suya, siempre lo vieron como patrón.

La edición del 2 de octubre de 1926 de la

revista *Caras y Caretas* incluyó una nota sobre Quiroga en la serie *"Cómo viven y trabajan nuestros escritores"* (Rogers, 2025). Los textos fueron realizados por Samuel Glusberg, quien firmó como *"Espinoza"* para evitar que pareciera una propaganda de los libros de Quiroga que él editaba en Babel (Delgado, 2020). Se aprecia allí una versión rústica del escritor, un habitante de la selva misionera impulsado a construir todo con sus manos (Figura 4). El aspecto de Quiroga contribuyó a acentuar, entre los lectores urbanos, la leyenda que se buscaba transmitir sobre el famoso autor de *"Cuentos de la selva"*.



Figura 4 - Horacio Quiroga ahueca un tronco para realizar una canoa monoxila. Esta foto corresponde a la producción gráfica de la revista *Caras y Caretas* de 1926. Fuente: Martínez Estrada (1958)

La trayectoria literaria de Quiroga es bien conocida. Como antesala al encuentro con Hauman, seleccionamos referencias adicionales de pobladores de la región que vivían cerca o visitaron al escritor en su hogar misionero.

María Alejandra Urrutia Artieda (1940) aporta una semblanza de Horacio Quiro-

ga de un amigo que fue vecino del escritor en Misiones: *"Quiroga era un hombre raro; un poco áspero, sin ser huraño. Todo él estaba hecho de fragmentos dislocados y toscos. Era la naturaleza sin afeites ni artificios. Tenía los dedos nerviosos y acerados como garras; las piernas ágiles; la mirada con fulgores hipnotizantes de serpiente; la barba hirsuta de fauno, el rostro anguloso y tallado en ocre pedernal; y como único atributo de la vida civilizada y melindrosa, un overol manchado de grasa, pintura, tierra y agua, una rústica visera fabricada por el mismo, y unos zapatos claveteados que habían perdido la cuenta de su edad. Así lo veíamos cruzar todos los días estas calles sangrientas de San Ignacio, en su forcito destartado y sin capota; y así se le vio pasar antes, jinete en su fantástica motocicleta, rebotando en las piedras y los troncos de las "picadas" hostiles. Y así se le veía siempre en su lanchita, desafiando confiado y alegre los rápidos peligrosísimos del Paraná, solo, duro, tosco, primitivo. Era un hombre a quien la naturaleza, por un raro fenómeno, le había dado sus luces, pero no su espíritu. Pero dentro de esa figura de visionario barbado, ardía con ardor intenso una llama divina"*.

Otros aportes de primera mano del Quiroga habitante de la selva, los brindan una comisión oficial de Uruguay que fue en 1949 a rescatar imágenes y testimonios de su compatriota. Una de las anécdotas fue aportada por el director del diario misionero *El Territorio*, Humberto Pérez. El informe del viaje que realizó Wilfredo Penco (1949) apunta que Pérez *"deseaba conocer personalmente a Quiroga y se trasladó a San Ignacio, hasta su casa. Quiroga estaba trabajando en el taller. Cuando lo vio, le preguntó, brusco: ¿Qué quiere? Dijo Quiroga. Quería verlo, le contestó el periodista. Bueno, ya me ve, replicó Quiroga, y siguió trabajando"*.

El ya mencionado Miguel Azarmendia recuerda otra anécdota similar protagonizada por dos escritores también posadeños: Manuel Antonio Ramírez, cuyo nombre lleva el anfiteatro de Posadas, y Lucas

Braulio Areco, autor de *"Misionerita"*, la canción oficial de la provincia de Misiones. Ambos visitaron a Quiroga con la intención de conocerlo, pero fueron recibidos con la misma indiferencia. Al preguntarles qué deseaban, le dijeron *"somos escritores y queríamos conocerlo"*. Quiroga les respondió: *"qué mala profesión eligieron"*. Y eso fue todo".

El mismo reporte de la comisión de Uruguay señala otro episodio: *"nos detenemos en el puerto nuevo, en casa de D. Felipe Peralta, quien nos cuenta una anécdota de Quiroga. Conversando con él un día se refirió a unos yuyos que había que arrancar. Quiroga le corrigió: "No diga yuyos. Son plantas que no están en su sitio" (Penco, 1949).*

Delgado y Brignole (1939) encuentran en el cuento *"El techo de incienso"* un autorretrato de Quiroga al describir a su protagonista, Orgaz, quienes estos autores definen como su *"alter ego"*. *"Un hombre amigo de la naturaleza"*, relata Quiroga al describir a Orgaz, *"que en sus malos momentos hablaba poco y escuchaba en cambio con profunda atención un poco insolente. En el pueblo no se le quería, pero se le respetaba"*.

Azarmendia nos aporta otra anécdota que le relató Joaquín Alcaraz, vecino de San Ignacio durante la estadía de Quiroga. *"En esa época, Misiones todavía era Territorio Nacional y las autoridades se imponían desde el gobierno nacional. Horacio Quiroga había sido nombrado Juez de Paz en San Ignacio, seguramente un favor recibido para solventar sus gastos. Como tal era el encargado de "anotar" nacimientos, casamientos y fallecimientos. Me contaba Alcaraz que al aparecer una mujer en su casa para registrar el nacimiento de un hijo, Quiroga hacía lugar sobre la mesa de trabajo atestado de herramientas, maderas, hierros y cubierto de excrementos de gallinas (porque dormían allí mismo, en un palo puesto sobre la mesa). Rompía un pedazo de papel de los muchos que había por todas partes y anotaba los datos del recién nacido. Dejaba el papel sobre la mesa y continuaba en lo que estaba trabajando,*

sin saludar, sin despedirse". "No te imaginás, le decía Alcaraz a Azarmendia, los problemas que esa gente tenía después, cuando debían enrolar-se a los 16 años: no existían".

UN VECINO ESPECIAL

Una de las semblanzas más interesantes del Horacio Quiroga habitante de San Ignacio fue escrita por un vecino especial: el escritor y diplomático Germán de Laferrère (1901–1952). Con un grupo de amigos, durante 1932 se internan en plena selva misionera. Al final de esta aventura, se instala solo, hasta 1942, en una casa rústica sobre el Teyú Cuaré, cerca de la residencia de Quiroga. De su experiencia selvática Laferrère publica tres obras fundamentales (Figura 5):

"Alto Paraná" en 1939, con el seudónimo Germán Dras;

"Selva adentro" en 1945, un relato magnífico sobre la experiencia grupal de 1932. Esta obra recibió el primer premio de literatura otorgado por la Comisión Nacional de Cultura de la Argentina.

"Apuntes del Alto Paraná", en 1950, donde amplió sus relatos con nueve textos adicionales a los de Alto Paraná.

La obra de Laferrère comparte con la de Quiroga la selva misionera como escenario e inspiración, relatos basados en vivencias propias y de terceros, la referencia constante de la región como un sitio marginal de la civilización, y la aparición recurrente de la fauna, a veces como amenaza y otras como compañera inseparable de la vida en el monte. En ambos autores también se manifiesta, en diferente grado, la soledad del

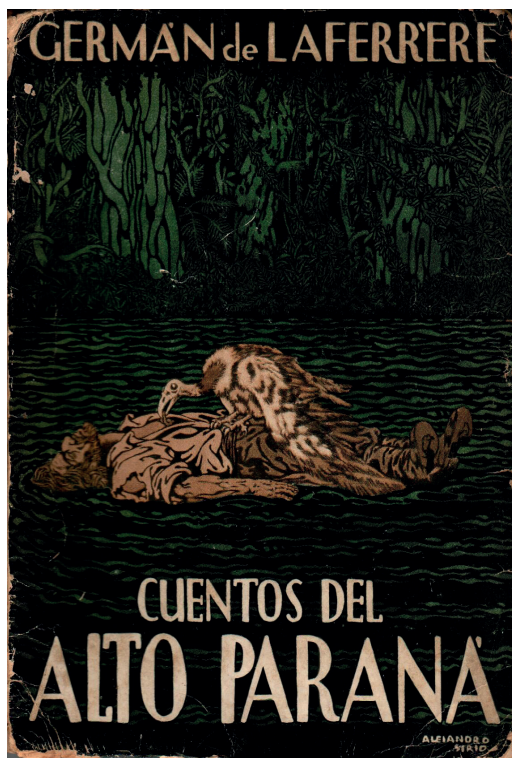


Figura 5 - Dos de los libros de Germán de Laferrère donde relata sus experiencias en la selva misionera.

hombre de ciudad que habita la selva.

Según Orgambide (1954) cuando le preguntaban a Germán de Laferrère comentaba si Horacio Quiroga era un personaje pintoresco en Misiones, decía *“hay que ir a verlo. Semidesnudo (cuando no hace frío), con sólo una visera bajo el sol más ardiente, manobra todo el día con sus motores que no quieren andar, con sus pandorgas que no quieren volar, con sus plantas, con sus hormigas, y con sus mil tachitos llenos de pinturas, de clavos y otras cosas; y sólo Dios y yo sabemos la finalidad de todo eso: para ir al hoyo sin sentir, me dijo una vez el mismo”*.

El capítulo final de *“Selva adentro”* está fechado en San Ignacio, 10 de septiembre de 1932 y Laferrère escribe: *“estoy alojado en la casa de Horacio Quiroga. Aquí hay buen clima, río y selva también, pero sin mbarigüies ni polvorines, y un pueblo cercano: San Ignacio, con sus famosas ruinas jesuíticas. Estoy tramitando la adquisición de tierras fiscales, no lejos de aquí, en el Teyúcuaré, sobre el río, con cerros y montes”*. Queda así la puerta abierta para su residencia en el lugar, como relatan sus libros del Alto Paraná. El resto de los compañeros de aventura no sólo volvieron a Buenos Aires, sino que vendieron todos los equipos de campaña, como quien quema el barco para no regresar. Cierra el libro con estas palabras: *“¡Allá ellos!”* dice Germán Laferrère sobre sus compañeros que lo abandonan. Sobre este final, Horacio Quiroga comenta: *“Para estas cosas... se nace”*. Queda de alguna manera cerrada en estas palabras cierta hermandad de pensamiento, de un recién llegado y de otro ya habitante maduro del monte misionero.

Pero esta bienvenida ideal que nos pinta Laferrère tendrá un final abrupto. Lo sucedido es contado por otro anfitrión de Quiroga: Liborio Justo (1902–2003). Hijo del presidente de la Nación, Agustín Pedro Justo. Liborio de joven se había adherido al movimiento trotskista y fue un escritor prolífico. Según el artículo *“Liborio Justo y*

Horacio Quiroga, en San Ignacio” publicado el 23 de junio de 2014 en el diario El Territorio, en 1933 Liborio Justo decidió instalarse unos días en la casa del amigo en San Ignacio. *“Quiroga solía repetir en la cena, escribió Liborio, cierto disgusto que le había causado otro escritor, que en idéntica situación, vino por cuatro días y se le instaló cuatro meses. Quiroga hablaba de Germán Drás (seudónimo de Germán de Laferrère). Drás, contado por él mismo, quería “descansar” y el infatigable Quiroga lo “esclavizaba”, hasta que un día el “esclavo” se marchó”*. Liborio Justo remata la anécdota diciendo *“A mí me pasó igual”*.

En el artículo *“Liborio Justo, el eterno opositor”*, en la revista Así de 1970, agrega Liborio Justo: *“A Quiroga le había escrito en 1927, señalándome mi deseo de conocerlo. Para mí era un escritor admirable por su estilo, por los ámbitos que había sabido describir y revelar. En un artículo dejé puntualizada esa admiración. De ahí que encontrándome en Misiones, y ante una respuesta muy amable de él, decidí visitarlo en su refugio de San Ignacio. Permanecí con él sólo cuatro días. Lo encontré insopportable. Carecía de la personalidad que yo le había adjudicado. De regreso a Posadas, le mandé un telegrama en donde le decía: “espero que en otra oportunidad tendremos más suerte que la que hemos tenido, yo en mi admiración hacia usted y usted en actitud de merecerla”*.

Con estos antecedentes, cobra un renovado interés el recuerdo que nos dejó Laferrère sobre Quiroga. En el libro de cuentos *“Alto Paraná”*, publicado en 1939, figura un incidente, seguramente real, protagonizado por Horacio Quiroga.

El relato ya fue rescatado oportunamente del olvido por Cantero (2020). Se trata del cuento *“El señor del Tabái”* fechado en *“Teyucuaré 1935”*, un año antes del regreso definitivo de Quiroga a Buenos Aires. Escribe Laferrère (1939): *“En las tertulias de la “Pensión Dix” y en las reuniones que se realizan sobre todo en las noches de los sábados alrededor de las mesas del amplio bar, suelen*

contarse pintorescos episodios, corregidos y aumentados, ocurridos en obrajes o yerbales de las cercanías de San Ignacio y cuyos protagonistas, son casi siempre personas conocidas. No escasea el tema, especialmente cuando concurren al bar aquellos hombres, colonos y yerbateros, negociantes, artistas y contrabandistas, un poco viejos ya, cuyas propias hazañas dieron espe-luznantes motivos a la literatura torturada de Horacio Quiroga. Como por ejemplo el tuerto y manco Vandendorp, que perdió su mano y su ojo en el fondo de un pozo al explotar la dinamita que su hermano había colocado, encendiendo la mecha en su ausencia una hora antes. O el silencioso Brun, que vino a San Ignacio por solo tres horas y se quedó treinta años, y que una noche, habiéndose acabado las bebidas alcohólicas del bar, se bebió, junto con su amigo Rivet, el alcohol carburado de la lámpara del salón, muriendo Rivet por esta causa. O Isidoro Escalera, de cara zorruna, uno de los primeros pobladores de la región, relator inagotable de aventuras, de todos los animales de la selva. O el pintor Giambiaggi, protagonista de mil situaciones originales." Hasta aquí, describe una galería de personajes que formaron parte del círculo social de Quiroga en su residencia misionera. Como apuntaba Martínez Estrada (1957): "el álbum de sus amigos (en San Ignacio) es de desterrados, a quienes la vida había arrojado lejos de la civilización".

"O a veces, continúa Laferrère su relato de El señor del Tabai, cuando se cansa de la soledad, el mismo Quiroga aparece asomando su aquilino perfil entre una maraña de pelos grises. Quizás sea este el más interesante de los contertulios. Sus ojos claros solo se levantan para dirigir una mirada dura o saludar fríamente; camina con pasos rápidos y todos sus movimientos indican que su flaco y menudo cuerpo está forrado de músculos recios; sin saco ni sombrero, viste camisa y pantalones blancos y corbata oscura con el nudo mal hecho. Durante los primeros momentos mantiene su clásico aspecto osco y contesta secamente a las preguntas de sus amigos, pero toma unas co-

pas y comienza a sonreír, después hace chistes y ríe ya con franca alegría moviendo la cara con toda clase de visajes, y termina pronunciando discursos en francés parado sobre una mesa o bailando con algún otro barbudo tan alcoholizado como él y como todos los demás." Todo el relato gana autenticidad con la pluma de Germán Laferrère.

El naturalista ornitólogo y ensayista Carlos Selva Andrade (1903 – 1980), vecino circunstancial de Quiroga en San Ignacio, dejó también un interesante comentario sobre el carácter y la personalidad del escritor "Mi padre cultivaba la amistad de Horacio Quiroga, pese a esa circunstancia y al hecho de ser vecina nuestra chacra de la suya, mi timidez -la misma timidez que ha malogrado mis mejores oportunidades- me impedía visitarlo. Una circunstancia fortuita rompió el hielo. Cabalgaba por un camino del puerto en un caballito criollo de pelo bayo y temperamento asustadizo, cuando estrepitosa motocicleta espantó mi flete. Cuando logré sofrenar la serie de corcovos y restablecer mi precario equilibrio en el recado, oí fuerte carcajada y divisé a Horacio Quiroga apoyado en la máquina con la barba estremecida por la risa. Me sentía irritado, cuando comentó divertido:

-Creí que lo volteaba...pero se ve que es de a caballo...

Opté por reírme también. Me invitó a su casa. Eso no significaba, luego lo comprendí, que tenía la entrada expedita. Quiroga tenía una manera insoslayable de aislarse, levantar como un muro entre él y la gente y si alguien no comprendía la fría mirada de sus ojos era rotundamente franco:

-Váyase que hoy me molesta..." (Athor, 2025).

¿Es este el Quiroga que se encontrará con Lucien Hauman en 1913? Sería injusto decir que sí. Hacia 1913 es una versión aún optimista de su emprendimiento familiar en la selva misionera. Todavía apuesta a ganarse la vida con la venta de frutas por él cultivadas. Aún no se suicida su joven mujer con el líquido para revelar foto-

grafías luego de una discusión con él. El cuerpo le permite una vida intensa en la chacra y el monte, luego vendrán dolores, enfermedades, recaídas. Va en proceso a convertirse en una celebridad curiosa de la literatura, que publica en revistas y diarios importantes pero vive lejos, refugiado en un ambiente silvestre. En aquellos años tenía gran cantidad de temas para sus escritos, que luego mermarían y se vería tentado a publicar aquellos que había descartado. No habían surgido aún las críticas despiadadas de la nueva generación de escritores, entre los cuales se destaca Jorge Luis Borges que dijo de Quiroga: "*escribió los cuentos que ya habían escrito mejor Poe o Kipling*". Aunque ya anciano, Borges le confesaría a Antonio Carrizo que los cuentos de Quiroga tenían la virtud de ser recordados por el lector.

Quedan así expuestos los antecedentes de Horacio Quiroga en la selva misionera. Esa personalidad lúcida, ruda y arisca se encontraría con un extranjero culto que aspiraba a conocer la flora misionera.

EL BOTÁNICO BELGA DESCUBRE SAN IGNACIO

Lucien Hauman había tenido en Bélgica una sólida formación en ciencias naturales. En 1904 llega a la Argentina convocado para integrar el plantel de docentes del por entonces Instituto Superior de Agronomía y Veterinaria, hoy sendas facultades de la Universidad de Buenos Aires. Allí realizaría una labor notable en varias materias, en particular en la cátedra de botánica donde formaría a uno de sus discípulos más destacados: Lorenzo Parodi. También se desempeñó en el Museo Argentino de Ciencias Naturales.

A su regreso a Bélgica, escribiría: "*la República Argentina donde viví durante veinte años y por donde viajé casi todo el tiempo*"

(Hauman, 1927). Realizó colecciones botánicas tanto en Patagonia como la cordillera andina y el Delta del Paraná, entre otras regiones naturales del país. A partir de esta experiencia inició estudios pioneros de la flora argentina, donde podemos destacar monografías por familias botánicas. Estos viajes de relevamiento "*le permitieron reunir el material necesario para conocer nuestra flora*" e iniciar las publicaciones puramente botánicas (Parodi, 1925).

Uno de sus aportes monográficos de Hauman está dedicado a las palmeras argentinas. Allí presenta las fotografías y la siguiente descripción de una especie nueva: "*Otra palmera enana característica de la misma sabana misionera y común al lado del Diplotemium: es el "Yatay poñi" de los habitantes de Misiones. Del punto de vista botánico, es parecidísima al Cocos yatay Mart., pero se diferencia de él por el hecho notable de florecer y fructificar sin formar tronco, mientras el Yatay no llega a ser fecundo antes de tener un estípote de cerca de dos metros, como lo comprobé en los mismos campos de San Ignacio, donde también existe*" (Hauman, 1919). Bautiza a la especie "*Cocos poni*".

El yatay poñi puede tomarse como un buen indicador del ojo certero de Hauman para descubrir especies nuevas para la ciencia y lugares interesantes donde realizar prospecciones botánicas. Durante décadas la palmera de Hauman fue considerada un sinónimo de otra también conocida como yatay poñi, *Butia paraguayensis*. Sin embargo, estudios recientes permitieron validar el *Cocos poni* de Hauman como una especie diferente, ahora en el género *Butia* (Deble *et al.*, 2017), casi un siglo después...

Ya instalado en Bélgica, Lucien Hauman al reseñar las formaciones subtropicales de la Argentina recordaría de esta manera al "*distrito de los campos*" (donde se incluía el Cerrado argentino): "*Esta sabana es una de las formaciones más bellas que*

un botánico podría soñar” (Hauman, 1931). ¿Cuánto de esa fascinación proviene de su experiencia por las sabanas de San Ignacio en Misiones?

QUIROGA HABLA DE HAUMAN

En una carta fechada en San Ignacio, el 28 de mayo de 1913, Quiroga le escribe lo siguiente a su amigo Luis Pardo, en aquellos días jefe de redacción de *Caras y Caretas*: *“Estuvo por aquí por 3 días y hace otros tantos, un tal Hauman Merck, botánico, que vivió en casa, y a quien no conocía. Sujeto magnífico, con mucha mayor cultura literaria que la mía. Quedé encantado con él, y supóngase los relinchos que daría yo, después de un año y medio de soledad. Lo acompañé a ver yuyos. Pero nos descubríamos mutuamente la coyuntura. Lo llevé al hotel, donde había dejado su valija, pero allí me confesó que si no me molestaba, volvería de noche a casa a charlar aún. Luisa, se quedó hasta las doce, para volver al día siguiente a tomar café con nosotros y no dejarnos más. Indudablemente, para mí, uno de los hombres de inteligencia más alta que haya conocido. Y excelente muchacho, menor que yo, con el que volcamos juntos en nuestro sulky. El preámbulo es para esto: me dijo que tenía gran estima por Cándido Villalobos. ¿Es creíble esto? No sé nada de Villalobos, fuera de un aforismo de la mala lengua de Romero: “el gran hombre”, se llama. Ilústreme al respecto; tengo muchas ganas de saberlo. Cuando vaya a ésa, llevaré buen stock de veneno de víbora, y con Hauman Merck, que es profesor de la Facultad de Agronomía de la Chacarita, haremos experimentos sobre llantén-veneno”.*

Quiroga mantuvo una relación de igual a igual con otros habitantes del monte misionero, como con Isidro Escalera, y evitó o despreció el contacto con los ricos de San Ignacio. Pero añoraba las tertulias literarias que ninguno allí podía sustituir. Le decía a Martínez Estrada en una carta *“no quiero*

hablar media palabra de arte con quien no comprenda”. Con esta necesidad a la vista, es comprensible la satisfacción que le dio las conversaciones con Lucien Hauman.

Aquí tenemos apenas la punta de un tema que habrá atrapado a nuestros protagonistas, como es el uso del llantén, posiblemente en alusión a una hierba que pertenece al género *Plantago*.

Luego agrega Quiroga en su carta a Pardo: *“Hauman Merck, el hombre que le hablé, al enterarse mal que bien de mis finanzas mezquinas y de mis especialidades concomitantes, me ofreció el puesto de abastecedor de yuyos del Museo de Historia Natural y de otras cosas. Debo juntar pastos y hojas de árboles de toda especie, poner tres ramitas entre 2 hojas de papel, anotando fecha de la prueba de la recolección y de la floración, si es posible. Por ello pagan 25 centavos la muestra. Hauman dice que aquí había (alrededor de casi, no más) 3 a 4 mil especies. ¡Curioso, todo esto!”*

Otro dato: Hauman ya especulaba con la diversidad vegetal de la selva misionera. Un trabajo reciente, señala que en la Provincia de Misiones hay 3418 taxones vegetales, entre especies y subespecies (Zanotti et al., 2020). O sea, entre 3000 y 4000 plantas diferentes...

Martínez Estrada (1957) comenta que *“la estrechez económica era la situación normal de Quiroga. Sobrellevaba su penuria pecuniaria con idéntico estoicismo que los demás rigores de su destino”.*

En octubre de 1925, doce años después del encuentro inicial con Hauman, Horacio Quiroga publica en la Revista *Caras y Caretas* el relato *“Pluma alta (infidencias de la clasificación)”*. Cuando Hauman ya no residía en el país, aparece aquí un nuevo capítulo en la relación entre el escritor y el botánico.

“La clasificación de animales y plantas es una tarea difícil y perturbadora aun para los mismos hombres de ciencia. Qué diremos para los profanos” comienza su artículo Quiroga.

“Hacia 1911, cuando Misiones sufría el delirio de la plantación de yerba mate, y de diez personas llegadas a la región de su cultivo, nueve y media, por lo menos, iban a visitar los yerbales, tuve la visita de un turista, futuro plantador de yerba, a ojos vista, que por un error del destino se había dirigido a mí para que lo informara al respecto”.

“Yo no he sido poseedor ni puse planta alguna de yerba, a no ser un arbolito que por varios años sirvió de ornamente frente a nuestro bungalow (Figura 6), y al que yo podaba y repodaba cada tres meses del modo más peregrino. Yo era, pues, en toda la zona, el hombre menos indicado para llenar con manos sudorosas un papel de cálculos, ante la guía de un turista.

“El visitante, en efecto, me habló de plantas. Pero como me apresurase a responderle que en el vecino pueblo lo informarían a satisfacción de todo lo que quisiera saber sobre yerbales, el turista sonrió.

“-Yo no deseo ver yerbales –me dijo-, sino simplemente árboles.

“Yo lo miré entonces por primera vez, puede decirse, y cogiendo el machete nos encaminamos ambos al monte. Yo entendía bastante de árboles improductivos, y muy poco de arbustos proficuos. El, por su parte, no venía a relamerse con tantos por ciento, sino a ver plantas, pues era naturalista.

“Durante los tres días que Lucien Hauman permaneció allá, hicimos cuanto monte él quiso, charlamos de cosas que no había oído hasta entonces la tierra roja, se rio él de los cuadros de mis colmenas, y yo me reí de su manía de creer en la necesidad de la clasificación.

“Antes de partir me advirtió que yo podría aligerar un poco mi precaria situación, vendiendo colecciones de plantas a los museos, para lo cual él me daría algunas instrucciones. Yo aplaudí su idea, y en diez minutos estuve al corriente de todo, menos de la necesidad de determinar las especies de mis plantas.

“-No hace falta –me dijo el botánico. –Esa tarea es incumbencia de los pobres diablos de

clasificadores, como nosotros... Usted, trate de no repetir las muestras, y nada más.

“Se fue. Yo correteé muchas madrugadas por los bañados distantes de casa, empapado de fango y de rocío hasta el pelo, tras de las tiernas flores de agua, a las que ya el sol de las seis marchitaba.

“Día tras día, llegué a coleccionar seiscientas y tantas especies –o que me parecían tales-, cuyo hábitat yo detallaba en un cuaderno. Pero cuando pasé de aquella cantidad, comprendí que a pesar de mi viva memoria, yo debía poner un poco de orden en mi herbario testigo, so pena de perderme entre los ejemplares. De este modo, distribuí las gramíneas –tenía más de ochenta especies- en tribus con una leyenda diferencial, una de las cuales decía: Pluma alta. Ello quería decir que todas las gramíneas de esa tribu, florecían en alto penacho.

“Un año más tarde Hauman alcanzaba otra vez hasta Misiones, y al ver las anotaciones de mi herbario, sonrió de nuevo.

“-Muy bien –me dijo-. –Veo que usted comienza ya a comprender la necesidad de la clasificación. A lo que ustedes llama pluma alta, para no perderse y metodizar su investigación, nosotros llamamos cualquier otra cosa, en latín. La necesidad y el resultado son los mismos. Vamos ahora a ver un poco de árboles, sin papel de estraza ni leyendas literarias...” (Quiroga, 1967b).

Este relato de Quiroga nos deja un testimonio claro del vínculo amigable surgido con Hauman. Habla de reír, de sonreír. Muestra una obsesión por conseguir variedad de plantas con flores como le habían pedido. Cuando Hauman alude a sí mismo dentro de los *“pobres diablos de clasificadores”* es evidente que la calificación mordaz no le pasó inadvertida a Quiroga. En este texto se aprecia el vínculo entre dos personas que saben algo que el otro busca o le interesa: Hauman hallar y clasificar plantas desconocidas, Quiroga llevarlo por un monte que le resulta familiar y obtener algo de dinero para *“aligerar un poco mi precaria situación”*.



Figura 6 - La casa de Horacio Quiroga en San Ignacio. La imagen es de julio de 2012. Foto: E. Haene.

El herbario del Museo Argentino de Ciencias Naturales cuenta con 626 especímenes colectados por Horacio Quiroga en San Ignacio entre 1913 y 1914 (Figura 7). Al analizar este material, Gutiérrez *et al.* (2025) rescatan lo apuntado en una de las etiquetas de herbario por el escritor: “San Ignacio, septiembre 22, 1913. Campo. Tierra arenosa, loma, inculta. Muy decorativa y abundante. Flor lila-morada. Es una de las más o menos que entonan el paisaje”. Cuando lo habitual es colocar datos de hábitat y los colores de las flores, que luego cambiarán al secarse, Quiroga suma una mirada enriquecedora. Su creatividad humaniza la ciencia botánica.

La preocupación de Quiroga por cumplir con la consigna de coleccionar plantas diferentes, brinda a su herbario un carácter de inventario botánico de San Ignacio en la década de 1910. Una comparación de este conjunto de especies y su situación actual en el lugar, ¿puede arrojar algún in-

dicio de cambios en la flora local durante estos 110 años?

En 1937 el botánico estadounidense Carl Epling describe una planta nueva para la ciencia, *Hyptis australis*, y selecciona como material de referencia o tipo a la colección realizada en San Ignacio por Horacio Quiroga el 17 de marzo de 1914 (Epling, 1949). Se trata de una de las especies endémicas de Teyú Cuaré (Velazco *et al.*, 2018).

Al analizar la flora de la Provincia de Misiones, Zanotti *et al.* (2020) citan tres especies exclusivas del departamento de San Ignacio con material de referencia de Quiroga: *Spigelia paraguariensis*, *Sarcoglottis grandiflora* y *Bacopa serpyllifolia*. Podemos imaginarnos al escritor en medio de un pastizal o la selva detenido para mirar en detalle una planta. Dudar. Comparar. Finalmente seleccionar especies novedosas para su colección, y así hacer aportes valiosos al conocimiento de la flora local.

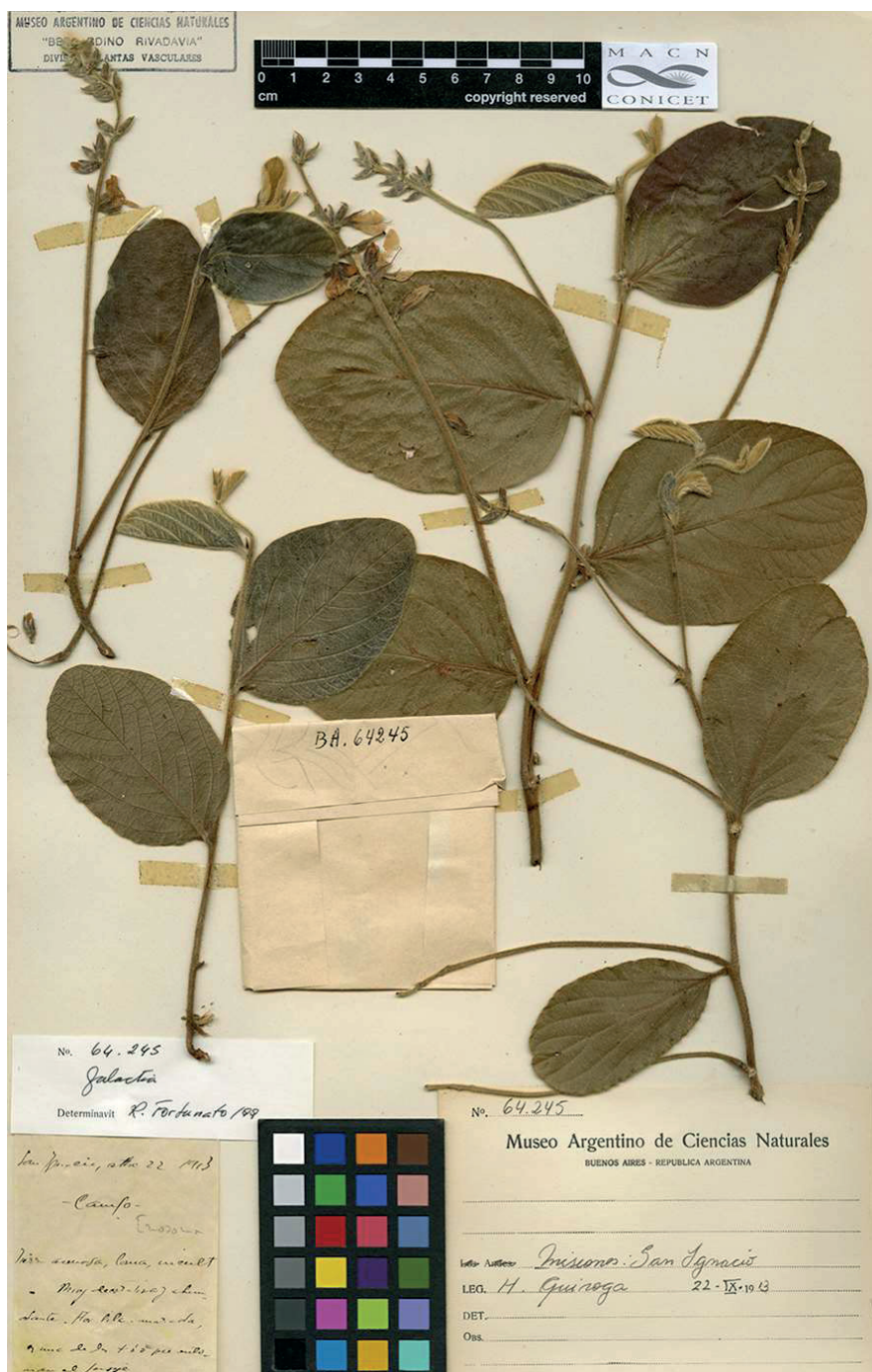


Figura 7 - Herbario de Horacio Quiroga depositado en el Museo Argentino de Ciencias Naturales. Fuente: Gutiérrez et al. (2025).

EN HOMENAJE A QUIROGA

En 1915, Lucien Hauman publicó en los Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires una revisión de la familia Dioscoreaceae en la Argentina. En ese trabajo identificó como *Dioscorea polygoides* el ejemplar de herbario Quiroga 263, recolectado el 10 de marzo de 1914 en San Ignacio y depositado en el museo. Sin embargo, en 1924, el botánico alemán Reinhard Knuth, al revisar la familia Dioscoreaceae, examinó el ejemplar recolectado por Quiroga y consideró que se trataba de una especie nueva para la ciencia. Aunque no conocía personalmente al colector, decidió homenajearlo al bautizar esta enredadera perenne como *Dioscorea quirogae*, nombre actualmente considerado sinónimo de *Dioscorea ceratandra*. Décadas más tarde, Cecilia Xifreda (1982), al estudiar el material argentino del género *Dioscorea*, reconstruyó y esclareció la historia taxonómica de este ejemplar.

Probablemente, Knuth nunca llegó a saber que, con aquel nombre, había inmortalizado en la ciencia botánica a uno de los grandes cuentistas de la literatura latinoamericana. Tampoco sabemos si Quiroga llegó a enterarse de que una especie había sido bautizada en su honor. Más difícil aún resulta imaginar cuál habría sido la reacción del escritor de haberlo sabido.

PASIÓN POR LAS PLANTAS

La obra literaria de Quiroga en Misiones lo muestra como un naturalista fascinado por la fauna selvática y su relación con la gente. El punto de partida fue sin dudas la información de primera mano y las creencias y vivencias de sus vecinos del monte misionero. Su inspiración y creatividad convertirían hechos aislados en cuentos memorables.

En la obra de Quiroga, el protagonismo de los animales silvestres es notablemente

mayor en comparación con la flora misionera. En su casa de San Ignacio tenían como mascotas corzuelas y otras especies silvestres, entre las que se destacaba “*Tutankamon*”, el coati. Cuando Horacio Quiroga se instala en Vicente López, Provincia de Buenos Aires, se trae al coati, que sería una nota de color para sus visitas.

Las plantas tienen un papel secundario en sus relatos. Hay cuentos sobre la mandioca, “*El pan intertropical*”; la yerba mate, “*El oro vegetal*”; el isipó San Juan, “*La enredadera de flor escarlata*”; el ibapoy, “*Los estranguladores*”; y el ananá, “*La tragedia de los ananás*”.

El 28 de agosto de 1911 escribe Quiroga a José María Fernández Saldaña en un día de lluvia luego de más de cuatro meses de sequía: “*Acaso vayamos a Buenos Aires hacia mayo del próximo año. Por ahora no pienso moverme principalmente porque deseo ver crecer mis plantas. Esto de las plantas, cuando se le adquiere amor, es terriblemente agarrante*”. En octubre de 1912 en una carta a Leopoldo Lugones le da una lista de las plantas que Quiroga había plantado en su predio de San Ignacio: 365 ejemplares de 28 especies, donde se destacan naranjos, bananos (Figura 8), guayabos entre otros frutales. Además, Horacio Quiroga tuvo allí plantaciones de yerba mate, mandioca y caña de azúcar (Quiroga, 2007).

En el relato “*Horacio Quiroga y el ananá*”, bajo el seudónimo de Germán Dras, Germán Laferrère describe la obsesión con que el escritor cuidaba sus cultivos, en este caso de una variedad brasileña de la planta frutal (Dras, 1939). Las hormigas cortadoras de hoja, que Quiroga llama mineras, aparecen recurrentemente en su obra, y seguramente reflejan la pulseada diaria en su chacra.

Según Orgambide (1954), Justo Morales aseguraba que cuando Quiroga se carteaba con diferentes amigos diseminados por el mundo “*siempre les pedía algún ejemplar de la flora indígena para intentar su aclimatación*”. Hay allí un aspecto del colono de la selva



Figura 8 - Solo, Horacio Quiroga en San Ignacio y su cultivo de bananos. Fuente: Martínez Estrada (1958)

que tiene la iniciativa de mejoras alcanzables con su capacidad individual. Llegó a tener una colección de plantas cultivadas interesante que enseñaba con orgullo a los visitantes, “al tiempo que daba minuciosas explicaciones acerca de las características de cada una” comenta Orgambide.

Fueron sus plantas cultivadas las que atrajeron más la atención de Horacio Quiroga. Eran parte de su apuesta de ingresos económicos y, en el jardín hogareño, su pasatiempo. Todo indica que al menos parte de los árboles cítricos de su chacra eran silvestres. Al momento de desmontar, les perdonaba la vida. Vale la pena recordar que los naranjos, los limoneros y otros árboles frutales de la familia Rutáceas provienen de las zonas cálidas de Asia. Fueron traídos por los jesuitas y se incorporaron a la flora local, donde sobreviven salvajes.

HAUMAN ALUDE A QUIROGA

En 1922 Lucien Hauman publicó una obra fundamental en la conservación de la biodiversidad del país titulada “*Para la protección de la naturaleza argentina*”. Se trata de un trabajo pionero, varias décadas adelantado a lo que sería el movimiento ambientalista de la segunda mitad del siglo XX.

Selecciona en este artículo una serie de formaciones vegetales que merecen un cuidado especial. Allí aparece una mención de sus excursiones por el sur de Misiones: “*Un bosquecillo de helechos arborescentes es, seguramente, una de las maravillas de la creación. En las altas Misiones, perdidos en la gran selva, los hay sin duda en bastante abundancia, pero resultaría muy interesante asegurar la vida de los pocos que pueden existir en lugares de fácil acceso. Don Horacio Quiroga, hace años, me condujo, en San Ignacio, a una pequeña quebrada situada en el monte, a un paso del camino al puerto; allí, merced al terreno, debajo de los altos árboles de la selva, se erguían coronados de grandes alas de puntilla, los esbeltos troncos de algunos helechos de cuatro o cinco metros de alto. ¿No cree el lector que tal monumento natural merecería, tanto como las ruinas jesuíticas, la visita de los turistas, y que, lo mismo que para estas últimas, debe evitarse que un capricho o una casualidad determine su desaparición*” (Hauman, 1922).

El Puerto de San Ignacio queda a la altura de la casa de Quiroga sobre el río Paraná, a unos 2,5 km por camino vehicular. Es interesante observar que Hauman emplea el término “*monumento natural*”, término que muchos años después será una categoría de manejo para conservar la naturaleza en la legislación argentina. Se emplea para designar formaciones o especies destacadas que merecen conservarse. Es sorprendente la precisión tanto en la terminología como en la formación silvestre seleccionada por Hauman. En esa época no se había creado la Administración de Parques Nacionales ni un sistema de áreas protegidas regionales.

Hoy en día sería una prioridad rescatar esa quebrada con helechos arborescentes en el sur misionero.

Hauman ilustra esta formación vegetal con una fotografía y un epígrafe que dice “*Helechos arborescentes en Misiones*” (Figura 9). Un paisano posa mirando a la cámara, su presencia permite dimensionar el tamaño de las plantas. Cuando publicó el capítulo de la selva misionera en “*La vegetación de la República Argentina*” (Hauman et al., 1947) figura la misma foto con el siguiente epígrafe: “*Helechos arborescentes (Alsophila) cerca del Ñacanguazú*”. Alude un arroyo a unos 20 km al norte de San Ignacio, que pasa cerca de Santo Pipó. Interpretamos que lo más probable sea la ubicación indicada en 1922: “*En San Ignacio, (...) a un paso del camino al puerto*”.

Este helecho arborescente, *Cyathea atrovirens* (antes denominado *Alsophila atrovirens*), fue declarado monumento natural de la provincia de Misiones el 5 de mayo de 2005.



Figura 9 - Helechos arborescentes en Misiones. Fuente: Hauman (1922).

Aquello de Atahualpa Yupanki en su canción “*La flecha*”, que dice “*la flecha ya está en el aire / Para llenarse de sol*”, parece materializarse en este sembrar de consignas conservacionistas de Hauman. La idea escrita hace más de 80 años se hace realidad.

Entre 1945 y 1961 Martínez Crovetto (1963) estudia la vegetación de la Provincia de Misiones y estima que los helechos arborescentes, la especie chachí bravo (*Cyathea atrovirens*), hallados por Hauman en las cercanías de San Ignacio “*tal vez ya no existan más, dada la intensa acción humana ejercida en la zona*”. Sin embargo, todo indica que ha sobrevivido en el Peñón del Teyú Cuaré y sus alrededores, donde se lo ha coleccionado varias veces entre 1950 a 2013 según el material depositado en el Herbario del Instituto de Botánica Darwinion. En la Reserva Privada Osununu, entre el Peñón de Teyú Cuaré y la casa de Quiroga, estos helechos arborescentes forman una población bastante densa (Paula Bertolini, com. pers.).

“HABLAN” LAS FOTOGRAFÍAS

El arroyo Ñacanguazú fue visitado por Hauman en enero de 1918. En su trabajo de 1931 incluye una fotografía que muestra un encuadre equilibrado y artístico (Figura 10). Tiene que haber sido tomada desde el mismo cauce del arroyo, tal vez sobre un afloramiento rocoso, y aparece una persona mirando a la cámara. Está vestido como un expedicionario europeo, con una casaca clara y lo que parece un casco de corcho como los utilizados en África. ¿Será Lucien Hauman? ¿Quién sacó una foto tan lograda? ¿Habrásido “*Don Horacio Quiroga*”?

Al ilustrar la selva misionera en un trabajo publicado en Bélgica, Lucien Hauman (1931) coloca una fotografía de lianas donde se aprecia con claridad la figura de Horacio Quiroga. Está fechada en San Ignacio, mayo de 1913. ¿Es el viaje en que se cono-



Figura 10 - Selva misionera y arroyo Ñacanguazú, Misiones enero de 1918 (Hauman, 1931).

cen ambos personajes! Se puede observar a Quiroga sentado sobre un tronco curvo de una liana. Era habitual la presencia de una persona en las fotografías de vegetación en la primera mitad del siglo XX, como ya apuntamos. En este caso, la porción de la imagen ocupada por la figura de Quiroga es enorme. ¿Documento de la vegetación o retrato del baqueano? Tal vez el sotobosque tan tupido y sombrío de la selva impedía hacer una toma más distante. Esto nos permite ver claramente que se trata de Horacio Quiroga y advertir que está completamente cubierto con su vestimenta de monte y emplea lo que parecen polainas de cuero. El escritor tiene ropa y calzado más cercano a un expedicionario que un poblador local. Esto tal vez refleja cierto cuidado o respeto por la

selva que mantenía como persona criada en la ciudad. Otro detalle curioso: en general la persona está mirando al fotógrafo, pero Quiroga tiene la mirada como dirigida hacia un lateral o el suelo. ¿Timidez? ¿Incomodidad? ¿Desazón?

La misma fotografía aparecerá en *“La vegetación de la República Argentina”* (Hauman et al., 1947) con el epígrafe que dice: *“Lianas (Bignoniáceas, Sapindáceas) cerca de San Ignacio (con el retrato del escritor Horacio Quiroga: 1913)”* (Figura 11).

Durante sus expediciones botánicas, Lucien Hauman mostró una dedicación especial a viajar por la selva misionera. Por sus fotografías y herbarios sabemos que estuvo al menos en Fracran, San Pedro e Iguazú. En el sur, además de San Ignacio, recorrió

Santo Pipó y Candelaria. Estas localidades revelan un periplo terrestre por caminos de tierra en el territorio nacional de aquella época. Las sendas por la selva con frecuencia se ven interrumpidas por la caída de un árbol y la crecien de un arroyo. Algunas regiones presentan ondulaciones que combinadas con lluvias torrenciales brindan un escenario complicado para recorrer. La oferta de lugares donde pernoctar sería bastante limitada para el viajero. Las colonias europeas instaladas en Misiones contaban con casas que ofrecían hospedaje, pero estaban distantes.

Hauman aportó tenacidad para sortear tantos obstáculos y además realizar colectas de plantas. La confección de un herbario requiere llevar al campo una carpeta donde al-

macenar ramas, flores y frutos entre papeles. Luego hay que iniciar un secado para asegurar su conservación y evitar putrefacciones y ataques de insectos. En un clima húmedo y lluvioso, esta tarea cotidiana requiere una dedicación especial. Los herbarios de Hauman presentes en el Museo Argentino de Ciencias Naturales permanecen en condiciones adecuadas para ser estudiados para siempre.

El otro aspecto a destacar de estos viajes de Hauman es la obtención de fotografías en medio de la naturaleza. Equipos delicados en una selva hostil. Cargar con las cámaras fotográficas de la época sería una complicación adicional. En varias imágenes presentadas en las publicaciones del botánico belga, como la del arroyo Ñacanguazú cerca de



Figura 11 - Fotografía de las lianas de la selva misionera y Horacio Quiroga publicada por Lucien Hauman en 1931 y 1947, fechada en San Ignacio, 1913.

Santo Pipó (Misiones), aparece un sello en la parte inferior izquierda: *"Ets J Malvaux"*. El directorio de fotografías belgas expresa que se trata del *"estudio belga más dinámico y de mejor desempeño en el área de procesos de impresión fotomecánica a principios del siglo XX, fundado en Bruselas en 1884 por Jean Malvaux"*. Este sello no aparece en las fotografías reproducidas en publicaciones realizadas en la Argentina, como la revista *Physis* de 1922 y la obra de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, terminada en 1939 pero publicada recién en 1947, según señaló Grace M. Roseveare al reseñarla en la revista *Nature* en 1948. En cambio, el sello figura en el artículo de 1931 en el *Bulletin de la Société Royale de Botanique de Belgique*. Interpretamos que Hauman habrá hecho impresiones de sus fotografías en Buenos Aires, que habrán quedado a disposición de sus discípulos, pero volvió a Bélgica con los negativos. Todo nos habla de un científico metódico y, a la vez, generoso.

Esta experiencia de Hauman en la selva misionera se refleja en las dos publicaciones ya mencionadas. Al editarse *"La vegetación de la República Argentina"* por la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos se reparten las grandes unidades fitogeográficas entre los mayores expertos del momento: Arturo Burkart, Lorenzo Parodi y Ángel Lulio Cabrera, además de Hauman. Cada uno hizo aportes en base a su trayectoria y el botánico belga asume el rol de caracterizar la selva misionera.

El otro trabajo es el de la *Bulletin de la Société Royale de Botanique de Belgique* sobre las formaciones subtropicales de la Argentina, que evidentemente Hauman redacta en el extranjero. La información que despliega allí nos permite comprender que además de sus fotografías, el autor contaba con apuntes de campo y listados de especies colectadas. Este aporte de 1931 reconoce que la selva misionera *"posee una riqueza admirable y desconcertante"*. Y un comentario interesante: al

describir las sabanas al sur de la selva misionera, comenta que esta tarea resulta *"particularmente delicada al fitogeógrafo"*. Como el distrito de los Campos que abarcan estas sabanas subtropicales era considerado una subunidad de la selva misionera, Hauman señala una duda al respecto: *"está la cuestión de la independencia misma de esta formación Campos"*, en relación con la selva misionera. Al menos en los campos de San Ignacio, esa particularidad estaba relacionada con la calificación como muestra extralimital del Cerrado brasileño-paraguayo que empezaría a sospechar Juan Carlos Chebez (1996) muchos años después.

SE ABRE EL TELÓN

"De lo que más me enorgullezco en esta vida es de mis correrías por el bosque, donde he tenido que arreglármelas yo solo. Y desde luego, son las narraciones de monte las que me agradan más".

Horacio Quiroga, 23 de mayo de 1918

"Muchos trabajos que hoy ven la luz en el país siguen las rutas trazadas por el eminente maestro"

Lorenzo Parodi (1966) en el homenaje a Lucien Hauman

Durante la residencia de Hauman en la Argentina, saldrían a la luz una primera etapa de los cuentos y otros escritos de Horacio Quiroga inspirados en la selva misionera. Al ser publicados en medios prestigiosos en aquellos años, como el diario *La Nación* y la revista *Caras y Caretas*, estaban al alcance de Hauman. ¿Habría leído estos aportes del escritor? Luego de haberse conocido en 1913, ¿surgió una curiosidad por estas publicaciones de Quiroga? La información compilada no permite comprender la duración y la dimensión de la relación entre nuestros dos

personajes. Cuando Quiroga enviaba sus herbarios al museo, ¿no sumaría una carta dirigida a Hauman? En sus visitas a Buenos Aires, ¿se habrán encontrado como planteada en la misiva enviada por Quiroga al jefe de redacción de *Caras y Caretas*? ¿Existirán apuntes de lo conversado entre ambos en las libretas de campo del botánico? En una carta del 6 de julio de 1926, Horacio Quiroga le escribe desde Buenos Aires a Isidro Escalera, vecino de San Ignacio, para que envíe unas ratas, insectos y una lombriz a Martín Doello Jurado, director del Museo de Ciencias Naturales (Quiroga, 2007). Esta relación con el Museo, seguramente surgió a partir del encuentro con Lucien Hauman.

Los trabajos académicos concentran su atención en la comunicación de avances científicos y no siempre aportan detalles de las vivencias del investigador durante sus expediciones de campo. La relación de Hau-

man y Quiroga en San Ignacio es una historia mínima que brinda más intrigas que certezas. Despierta nuestra imaginación para tener una aproximación más humana de los viajes de un botánico por la selva.

Podemos certificar que hubo un encuentro entre Horacio Quiroga y Lucien Hauman en la selva misionera. No tenemos registradas las conversaciones entre ambos. Quiroga lo lleva a Hauman a una quebrada dominada por helechos arborescentes. ¿Qué habrán dicho nuestros protagonistas en ese escenario deslumbrante? Esa palmerita que apenas asoma entre el pasto, ¿qué diálogos habrá disparado? Imagino a estos dos hombres caminando entre pastizales y montes, uno machete en mano, otro con su carpeta de herbario. Un recurso cultural intangible que hemos perdido sin documentar. Y tal vez sea hora de recrear. Cierro los ojos. Ya lo estoy viendo (Figura 12).



Figura 12 - Horacio Quiroga en su chacra de San Ignacio, con el monte misionero y el río Paraná de fondo. Foto: Archivo General de la Nación.

AGRADECIMIENTOS

A María Alejandra Cybulski de la Biblioteca Central de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires. A Gustavo Aparicio, por su asesoramiento. Miguel Azarmendia por el aporte de información valiosa e inédita. A Paula Bertolini por sus recomendaciones y a Horacio Aguilar por sumar información novedosa.

BIBLIOGRAFÍA

- Athor, J., 2025. Carlos Selva Andrade (1903 – 1980) Escritor, periodista, amante de las aves y pionero en la conservación de la naturaleza. Fundación de Historia Natural Félix de Azara. Buenos Aires. Centro de Ciencias Naturales Ambientales y Antropológicas. Universidad de Maimónides.
- Biganzoli, F. y Romero, M. E.M. (2004). Inventario Florístico del Parque Provincial Teyú Cuaré y Alrededores (Misiones, Argentina). *Darwiniana* 42: 1–24.
- Cantero, J. (2020). *Una postal de Horacio Quiroga*. <https://misioneshistoria.com.ar/?p=2632>
- Castro, G. A. (2011). Horacio Quiroga: La selva del escritor. En Albeiro Arias (ed.), *Ensayistas contemporáneos: Aproximaciones a una valoración de la literatura latinoamericana* (pp. 199–204). Bogotá, Colombia.
- Chebez, J. C. 1996. Misiones Ñú. Campos Misioneros, algo más que el confín de la selva. *Nuestras Aves*, revista de la Asociación Ornitológica del Plata, 34: 4–16.
- Deble, L. P., Keller, H. A. y Alves, F. S. (2017). Resurrection and epitypification of *Butiaponi* (Arecaceae), a neglected palm micro-endemic in the grasslands of Misiones, Argentina. *Phytotaxa*, 316 (2): 171–180.
- Delgado, J. M. y Brignole, A. J. (1939). *Vida y obra de Horacio Quiroga*. Montevideo, República Oriental del Uruguay. C. García y cía.
- Delgado, V. (2020). *La Vida Literaria de Samuel Glusberg: La revista de un editor (1928–1932)*. La Plata, Argentina. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.
- Dras, G. (1939). *Alto Paraná*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Tor.
- Epling, C. C. (1949). Revisión del género *Hyptis* (Labiatae). *Rev. Mus. La Plata, Secc. Bot.*, 7: 153–497.
- Ferrari, A. (2020). Horacio Quiroga, hombre de vías orillas. En Horacio Quiroga, *Seis novelas breves de S. Frago Lima* (pp. 11–14). Córdoba, Argentina. Caballo Negro Editores.
- Fontana, J. L. (2005). Una propuesta para la conservación de los pajonales del Diplothemio-Axonopodetum. San Ignacio, Provincia de Misiones (Argentina). *Facena* 21: 55–67.
- Gigena, D. (2021). Los otros yos de Horacio Quiroga: de folletinista a botánico amateur. La Nación, Buenos Aires, 7 de febrero de 2021. <https://www.lanacion.com.ar/cultura/los-otros-yo-de-horacio-quiroga-de-folletinista-a-botanico-amateur-nid07022021/>
- Gutiérrez, D. G., Stampacchio, M. L., Alvarenga, E. C., Yáñez, A. y Tancoff, S. (2025). Horacio Quiroga y su colección de plantas: un encuentro entre la literatura y la botánica. *Carnotaurus*, 1 (2): 24–29.
- Hauman, L. (1919). Las palmeras de la Flora Argentina. *Physis* (Buenos Aires), 4: 602–608.
- Hauman, L. (1922). Para la protección de la naturaleza en la República Argentina. *Physis*, 6: 283–301.
- Hauman, L. (1927). Les modifications de la flore Argentine sous l'action de la civilisation (essai de géobotanique humaine). *Memoires Academie Royale de Belgique*, 9: 3–99.
- Hauman, L., Burkart, A., Parodi, L. R. y Cabrera, A. L. (1947). *La vegetación de la República Argentina*. En Geografía de la República Argentina, volumen 8. Buenos Aires, Argentina. Sociedad Argentina de Estudios Geográficos.
- Hauman, L. (1931). Esquis sephytogéographique de l'Argentine subtropicale et de ses Relations AVEC la Géobotanique sud-américaine. *Bulletin de la Société Royale de Botanique de Belgique*, 64 (1): 20–79.
- Laferrière, G. de. (1945). *Selva adentro*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Argentina "Aristides Quillet" SA.
- Laferrière, G. de. (1950). *Cuentos del Alto Paraná*. Buenos Aires, Argentina. Librería El Ateneo Editorial.
- Martínez Estrada, E. (1957). *El hermano Quiroga*. Montevideo, República Oriental del Uruguay. Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios.
- Martínez-Crovetto, R. (1963). Esquema fitogeográfico de la Provincia de Misiones. *Bonplandia*, 1(3): 171–223.
- Orgambide, P. (1954). *Horacio Quiroga. El hombre y su*

- obra. Buenos Aires, Argentina. Editorial Stilcograf.
- Parodi, L.R. (1925). La obra botánica del profesor Lucien Hauman. *Anales Soc. Cient. Argent.* 100: 116–124.
- Parodi, L. (1966). *Lucien Hauman en la Argentina*. En “Hommage a la memorie de Lucien Hauman (1880–1965) (pp. 27–32). Bruxelles.
- Penco, W. (1949). Tras las huellas de Horacio Quiroga: el viaje a Misiones en 1949. *Revista de la Biblioteca Nacional*, 20: 287–308.
- Quiroga, H. (1967a). *Novelas cortas*. Tomo I (1908–1910). Horacio Quiroga, obras inéditas y desconocidas. Montevideo, República Oriental del Uruguay. Arca Editorial S.R.L.
- Quiroga, H. (1967b). *De la vida de nuestros animales*. Tomo III. Horacio Quiroga, obras inéditas y desconocidas. Montevideo, República Oriental del Uruguay. Arca Editorial SRL.
- Quiroga, H. (1969). *La vida en Misiones*. Tomo VI. Horacio Quiroga, obras inéditas y desconocidas. Montevideo, República Oriental del Uruguay. Arca Editorial SRL.
- Quiroga, H. (1978). *Cartas inéditas de Horacio Quiroga*. Presentación por Arturo Sergio Visca. Revista de la Biblioteca Nacional, Montevideo, 18: 7–39.
- Quiroga, H. (2007). *Obras*. Diario y correspondencia. Jorge Lafforgue (plan general de la obra), Jorge Lafforgue y Pablo Rocca (coeditores). Buenos Aires, Argentina. Editorial Losada SA.
- Ramírez, R. E., Torresin, J. A. y Keller, H. A. (2025). Desafíos para la restauración en áreas con flora endémica del Cerrado argentino. IV Encuentro Nacional de Restauración Ecológica Argentina. II Simposio Internacional de Prácticas de Restauración Ecológica. Corrientes, 12 a 15 de noviembre de 2025.
- Rogers, G. (2025). Mirador salvaje. Horacio Quiroga y un curioso zoológico de la selva en Caras y Carretas. Cuadernos del CILHA. 42 (abr. 2025), 1–16. DOI: <https://doi.org/10.48162/rev.34.102>.
- Urrutia Artieda, M. A. (1940). Notas sobre Horacio Quiroga. *Revista Iberoamericana*, 2 (3), 191–197.
- Velazco, S. J. E., Galvão, F., Keller, H. A. y Bedrij, N. A. (2018). Cerrados in Argentina? Structure, diversity and biogeography of the woody component of a savanna in the Misiones Province. *Rodriguésia* 69(2): 335–349
- Xifreda, C. C., 1982. Estudios en Dioscoreaceae I. Boletín de la Sociedad Argentina de Botánica, Buenos Aires, 20 (3–4): 317 – 327.
- Zanotti, C. A., Keller, H. A., y Zuloaga, F. O. (2020). Biodiversidad de la flora vascular de la provincia de Misiones, Región Paranaense, Argentina. *Darwiniana*, Nueva Serie, 8(1), 42–291.

Recibido: 01/06/2026 - Aceptado: 06/07/2026 - Publicado: 10/08/2026